

joven desapareciendo por la puerta que le había indicado la religiosa y cerrándola en seguida.

La hermana, curiosa, á fuer de buena monja, dió la vuelta por la puerta principal, y avanzando quedo, vió al pie del altar á la dama desconocida orando y sollozando con el rostro pegado á la tierra.

XXV

Los vecinos de Paris

En efecto, se había reunido el cabildo, como habían dicho las monjas á la extranjera, á fin de excogitar los medios de hacer á la hija de los Césares un brillante recibimiento.

S. A. R. madama Luisa inauguraba así en San Dionisio su mando supremo.

El tesoro de la fábrica estaba algo en baja; pues la antigua abadesa, al resignar sus poderes, se había llevado la mayor parte de los encajes que le pertenecían en propiedad, igualmente que los relicarios é incensarios que prestaban á sus comunidades aquellas abadesas que pertenecían á las mejores familias y se consagraban al servicio del Señor con las condiciones más mundanales.

Al saber madama Luisa que la Delfina se detendría en San Dionisio, había enviado un expreso á Versalles, y en la misma noche llegó un carro cargado de tapicerías, de encajes y ornamentos, por un valor de seiscientas mil libras.

Así, cuando cundió la noticia de los esplendores regios de aquella solemnidad, se vió redoblar esa ardiente, esa espantosa curiosidad de los parisienses que, en pequeños grupos, como decía Mercier, pueden muy bien hacer reír, pero que siempre hacen reflexionar y llorar cuando van todos juntos.

Desde el alba, como se había hecho público el itinerario de la señora Delfina, se vió llegar de diez en diez, de ciento en ciento, y de mil en mil, á los parisienses de sus madrigueras.

Los guardias franceses, los suizos y los regimientos acantonados en San Dionisio, habían tomado las armas y se formaban en fila para contener las movientes oleadas de aquella marea, que formaba ya sus terribles remolinos al rededor de los pórticos de la basilica, y se encaramaban en las esculturas de las portadas de la comunidad. Por todas partes se veían cabezas, chiquillos sobre los cobertizos de las puertas, hombres y mujeres á las ventanas, en fin millares de curiosos que llegaban demasiado tarde ó preferían, como Gilberto, su libertad á las exigencias que impone siempre un sitio guardado ó conquistado entre el gentío; millares de curiosos, decimos, semejantes á hormigas activas, trepando por los troncos y esparciéndose por las ramas de los árboles, que, desde San Dionisio hasta la Muelle, formaban las filas al paso de la Delfina.

La corte, rica aún y numerosa de coches y libreas, había disminuído sin embargo desde Compiègne, pues, á no ser un poderoso señor, no podía uno seguir al rey doblando y triplicando las jornadas ordinarias, gracias á los relevos de caballos que él había apostado en el camino.

Los pequeños se habían quedado en Compiègne ó tomado la posta para voiver á París.

Pero al cabo de un día de descanso en sus casas, amos y criados volvían á campaña y corrían á San Dionisio, así para ver el gentío como para volver á ver á la Delfina.

Y luego, además de la corte; no había en aquella época mil coches, el Parlamento, la Hacienda, el gran

Comercio, las mujeres de moda y la ópera? ¿no había los caballos y las carrozas de alquiler, así como los *Carabas* que rodaban hacia San Dionisio, atestados con veinticinco parisienses de ambos sexos, ahogándose al pequeño trote, y llegando, de seguro, más tarde que si fueran á pie?

Así, pues, fácil es formar una idea del formidable ejército que se dirigió á San Dionisio en la mañana del día en que habían anunciado las gacetas y los carteles que debía llegar allí la Delfina, que fué á plantarse precisamente enfrente del convento de las carmelitas, y que, no habiendo ya posibilidad de hallar sitio en el radio privilegiado, se extendió á lo largo del camino por donde debían llegar y salir la Delfina y su comitiva.

Ahora, figúrese entre ese gentío, espantajo del mismo parisiense, á Gilberto, pequeño, solo, indeciso, ignorando las localidades, y tan orgulloso que nunca quiso preguntar nada; porque, desde que estaba en París, formaba empeño en pasar por un parisiense puro, siendo así que jamás había visto más de cien personas reunidas.

Primero, en el camino los paseantes no eran muchos, luego comenzaron á multiplicarse en La Chapelle, y por último, al llegar á San Dionisio, parecían salir de debajo tierra, tan espesos como espigas de trigo en un campo inmenso.

Hacia largo rato que Gilberto no veía nada, pues se hallaba envuelto entre el gentío, estaba sin saber en dónde, é iba á donde aquél iba, sin embargo de que hubiera debido orientarse. Veía á los muchachos subirse á los árboles, pero no osó sacarse su casaca para hacer lo que ellos, á pesar de lo mucho que lo apetecía, y se acercó al tronco. Varios desgraciados, privados como él de todo horizonte, que pisaban á los

otros y á quienes pisaban también, tuvieron la feliz ocurrencia de interrogar á los ascendentes, y supieron de uno de éstos que entre el convento y los guardias había un grande espacio vacío.

Animado por esta primera pregunta, Gilberto preguntó á su vez si se veían carruajes.

Aun no se veían éstos, y sólo si una grande polvareda en el camino, á un cuarto de legua más allá de San Dionisio. Esto era lo que quería saber Gilberto: no habían llegado aún las carrozas, y ya no se trataba más que de saber de qué lado vendrían.

En París, cuando uno atraviesa un grande gentío sin trabar conversación con alguien, es prueba de que es inglés ó sordomudo.

Apenas Gilberto se hizo atrás para desembarazarse de aquel gentío, cuando halló al lado de un foso á una familia que estaba almorzando.

Componíase de la hija, alta y rubia, de ojos azules, modesta y tímida; de la madre, gruesa, pequeña y seria, de blancos dientes y color fresco: del padre, envuelto en una levita de barragán que no salía del armario más que los domingos, que él se había puesto para aquella ocasión solemne, y de la que se ocupaba más que de su mujer y de su hija, seguro de que éstas sabrían salir siempre de apuros. Había también una tía, alta, delgada, seca y temosa, y una criada que se reía sin cesar.

Esta última había traído en una enorme cesta un desayuno completo, bajo cuyo peso no había cesado de reírse y cantar, animada por su amo que la relevaba á ratos.

En aquella época un criado se consideraba de la familia, y había cierta analogía entre él y el perro de casa, que es apaleado algunas veces y jamás excluido.

Gilberto contempló al soslayo aquella escena ente-

ramente nueva para él. Encerrado en el castillo de Taverney desde su nacimiento, sabía lo que era el señor y la chusma de criados, pero ignoraba lo que era la clase media.

Vió en aquella honrada familia, en el uso material de las necesidades de la vida, la aplicación de una filosofía que, sin proceder de Platón ni de Sócrates, participaba algo de la de Bias, *in extenso*.

Habían llevado consigo lo más posible, y sacaban el mejor partido posible.

El padre estaba trinchanto uno de esos apetitosos trozos de ternera asada que tan gratos son á los parisenses medianamente acomodados. El comestible, devorado ya por los ojos de todos, reposaba dorado, sabroso y grasiento, en la fuente de barro barnizado en que el ama cuidadosa lo había sepultado el día anterior entre zanahorias, cebollas y rebanadas de tocino. Luego, la criada había llevado la fuente á casa del panadero que, sin dejar de cocer el pan, había dado un asilo en su horno á veinte fuentes semejantes, destinadas á asarse y dorarse en compañía al calor póstumo de los haces de leña.

Gilberto escogió al pie de un olmo inmediato un reducido sitio cuya manchada hierba sacudió con su pañuelo á cuadros. Sacóse el sombrero, puso el pañuelo sobre aquella hierba y se sentó.

No fijaba ninguna atención en sus vecinos, lo que, visto por éstos, extrañaron como era natural.

— ¡Vaya un hombre cuidadoso! dijo la madre.

La hija se ruborizó, como lo hacía siempre que se trataba de un joven delante de ella, lo cual causaba una viva satisfacción á los autores de sus días.

— ¡Vaya un joven cuidadoso! había dicho la madre.

En efecto, entre la clase media parisense, la pri-

mera observación recaerá siempre sobre una cualidad ó un vicio moral.

El padre se volvió hacia él.

— ¡Y lindo mozo! dijo.

El rubor de la hija se aumentó.

— Parece muy cansado, dijo la criada, aunque no ha traído nada.

— ¡Perezoso! añadió la tía.

— Caballero, dijo la madre dirigiéndose á Gilberto con esa familiaridad de interrogación que sólo se halla en los parisienses, ¿están aun lejos las carrozas del rey?

Volvióse Gilberto, viendo que era él á quien preguntaban, se levantó y saludó.

— ¡Vaya un joven cortés! dijo la madre.

La joven se puso purpúrea.

— No puedo decirlo á usted, señora, respondió Gilberto, sólo he oído decir que se veía polvareda como á un cuarto de legua.

— Acérquese usted, caballero, dijo el padre, y si hay ganas

Y le mostraba el apetitoso almuerzo extendido sobre la hierba.

Acercóse Gilberto; estaba en ayunas; el olor de los platos le parecía seductor, pero sentía sus veinticinco ó veintiseis sueldos en el bolsillo, y pensando que por el tercio de su capital podría tener un almuerzo casi tan suculento como el que le ofrecían, no quiso aceptar nada de unas personas á quienes veía por la primera vez.

— Gracias, caballero, le dijo, muchas gracias; ya he almorzado.

— ¡Vamos, vamos! replicó la mujer. Veo que es usted hombre precavido, pero desde ahí no verá usted nada.

— Pero ustedes, respondió Gilberto sonriendo, tampoco verán nada, puesto que están como yo.

— ¡Oh! nosotros, dijo la mujer, es diferente, pues tenemos un sobrino que es sargento de los guardias franceses.

La joven se puso de color violeta.

— Estará esta mañana delante del Pavo azul, que es su guardia.

— Y sin indiscreción, preguntó Gilberto, ¿en dónde está el Pavo azul?

— Justamente enfrente del convento de las carmelitas, respondió la madre, y nos ha prometido colocarnos detrás de su escuadra, en donde pondremos un banco, y veremos perfectamente bajar las carrozas.

Esta vez tocó á Gilberto sentir que se sonrosaba; no se atrevía á sentarse á la mesa con aquellas honradas gentes, pero se moría de deseo de seguir las.

Sin embargo, su filosofía, ó más bien aquel orgullo de que Rousseau tanto le había aconsejado que desconfiase, le decía interiormente:

— Eso de tener necesidad de alguno es muy bueno para las mujeres, pero yo, que soy hombre, ¿no tengo brazos y piernas?

— Todos los que no estén allí, continuó la madre como si hubiera adivinado el pensamiento de Gilberto, y respondiese á él, no verán más que las carrozas vacías, y á fe mía que las carrozas vacías las puede uno ver cuando quiera, y no merecen la pena de venir á San Dionisio.

— Pero, señora, dijo Gilberto, me parece que muchos pensarán como usted.

— Sí, pero no todos tendrán sus sobrinos en los guardias para dejarlos pasar.

— Verdad es, dijo Gilberto.

Y al pronunciar ese *verdad es*, su rostro expresó su

chasco que la perspicacia parisiense notó al momento.

— Pero, añadió el marido, diestro en adivinar todos los deseos de su mujer, el señor puede muy bien venir con nosotros, si gustá.

— ¡ Oh, señor! respondió Gilberto, temería incomodaros.

— ¡ Bah! al contrario, dijo la mujer, nos ayudará usted á llegar allí. No teníamos más que un hombre para sostenernos, y así tendremos dos.

Ningún argumento podía tener tanta fuerza para reducir á Gilberto; pues la idea de que sería útil y pagaría de ese modo el apoyo que le ofrecían, ponía su conciencia á cubierto y le quitaba todo escrúpulo. Así, pues, aceptó.

— Ya veremos á quién ofrece el brazo, dijo la tía.

Para Gilberto este socorro le caía verdaderamente del cielo.

En efecto, ¿ cómo allanar el invencible obstáculo de un parapeto de treinta mil personas, todas más recomendables que él, por su rango, sus riquezas, la fuerza, y particularmente la costumbre de colocarse en esas funciones en que cada uno toma el sitio más espacioso que puede?

Por lo demás, esto hubiera sido para nuestro filósofo, á ser menos teórico y más práctico, un admirable estudio dinámico de la sociedad.

La carroza de cuatro caballos pasaba como una bala de cañón por entre la masa, y cada uno se separaba delante del corredor de sombrero con plumas, casaca abigarrada, y grueso bastón, el cual solía también hacerse preceder de perros irresistibles.

La carroza de dos caballos daba una especie de santo y seña al oído de un guardia, é iba á colocarse en la rotonda contigua al convento.

Los jinetes, al paso, pero dominando al gentío,

llegaban al término lentamente, después de mil choques, mil tropezones y murmullos.

En fin, el peatón, empujado una y mil veces, estrujado, flotando como una ola empujada por otras mil, de puntillas, levantado por sus vecinos, agitándose como Anteo para hallar de nuevo á esa madre común que llaman tierra, buscando el camino para salir de entre el gentío, hallándolo y arrastrando tras sí á su familia compuesta casi siempre de multitud de mujeres que, entre todos los pueblos, solo el parisiense sabe y osa conducir á todas partes y siempre, y hacer respetar sin bravatas.

Añádase á todo, ó más bien á todos estos, el hombre de la hez del pueblo, el hombre de rostro barbudo, con la cabeza cubierta con un resto de gorro, los brazos desnudos, los calzones sujetos con una cuerda; infatigable, ardiente, jugando con codos, espaldas y pies, riendo á su manera, pues ríe rechinando los dientes; este hombre se abría paso por entre los de á pie con la misma facilidad que Gulliver por entre los trigos de Lilliput.

Gilberto, que ni era gran señor con cuatro caballos, ni parlamentario en carroza, ni militar á caballo, ni parisiense, ni hombre del pueblo, hubiera sido infaliblemente magullado, molido, aplastado entre aquel gentío; pero, una vez puesto bajo la protección de aquella familia, se sintió fuerte.

Ofreció resueltamente el brazo á la madre.

— ¡ Impertinente! exclamó la tía.

Echaron á andar; el padre iba en medio de su hermana y de su hija, y detrás la criada con la cesta al brazo.

— Señores, ruego á ustedes, decía la madre con su risa franca, ¡ señores, por favor! señores, tengan ustedes la bondad!...

Y le dejaban paso á ella y á Gilberto, y por el hueco que iban dejando, se escurría toda la sociedad.

Paso á paso, pie á pie, conquistaron las quinientas toesas de terreno que separaban el sitio del desayuno de la plaza del convento, y llegaron hasta la fila de aquellos temibles guardias franceses en que toda la familia había puesto su confianza.

La hija había recobrado poco á poco su color natural.

Cuando llegó allí, el padre se empinó por encima de las espaldas de Gilberto y percibió á veinte pasos de sí al sobrino de su mujer que estaba retorciéndose el bigote.

Con su sombrero hizo señas tan extravagantes, que su sobrino llegó á conocerle, fué adonde estaba, y pidió un poco de espacio á sus camaradas, que abrieron las filas en un punto.

Escurriéronse al momento por aquel hueco Gilberto y su compañera, el marido, su hermana y su hija, y después la criada, la cual no dejó de lanzar al paso algunos gritos volviéndose con feroces ojos, pero á quien sus amos no pensaron siquiera en preguntar porqué gritaba tanto.

Una vez pasada la calzada, comprendió Gilberto que había llegado; dió gracias al marido, y éste á él; la mujer trató de retenerle; la tía le invitó á que se fuera, y se separaron para no volver á verse.

En el sitio en que se hallaba Gilberto, no había más que privilegiados, y por consiguiente se acercó con facilidad al tronco de un grueso tilo, subió sobre una piedra, hizose un apoyo de la primera rama, y aguardó.

Al cabo como de media hora de esta instalación, redobló el tambor, el cañón retumbó, y la majestuosa campana de la catedral lanzó un primer tañido en los aires.

FIN DEL TOMO SEGUNDO

ÍNDICE

| | Pág. |
|--|------|
| I. — La sala de los relojes | 5 |
| II. — La casa sin gobierno | 13 |
| III. — Madama Luisa de Francia | 26 |
| IV. — Pingajo, Tiritaña y Corneja | 56 |
| V. — Madama de Bearn | 43 |
| VI. — El Vice-canciller | 62 |
| VII. — El Vice-canciller (Continuación) | 74 |
| VIII. — El despacho de Zamora. | 81 |
| IX. — El rey se aburre | 99 |
| X. — El rey se divierte. | 111 |
| XI. — Voltaire y Rousseau | 122 |
| XII. — Madrina y ahijada. | 133 |
| XIII. — Quinta conspiración del mariscal de Richelieu. | 152 |
| XIV. — Ni peluquero, ni vestido, ni carroza | 166 |
| XV. — La presentación. | 185 |
| XVI. — Compiègne | 205 |
| XVII. — La protectora y el protegido | 210 |
| XVIII. — El médico por fuerza | 220 |
| XIX. — El anciano. | 252 |
| XX. — El botánico. | 240 |

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año 1995 MONTERREY, NEXCO

| | Pág. |
|--|------|
| XXI. — M. Jacobo. | 259 |
| XXII. — La bohardilla del señor Jacobo | 272 |
| XXIII. — Quién era el señor Jacobo | 286 |
| XXIV. — La mujer del brujo. | 298 |
| XXV. — Los vecinos de París | 505 |

FIN DEL ÍNDICE

